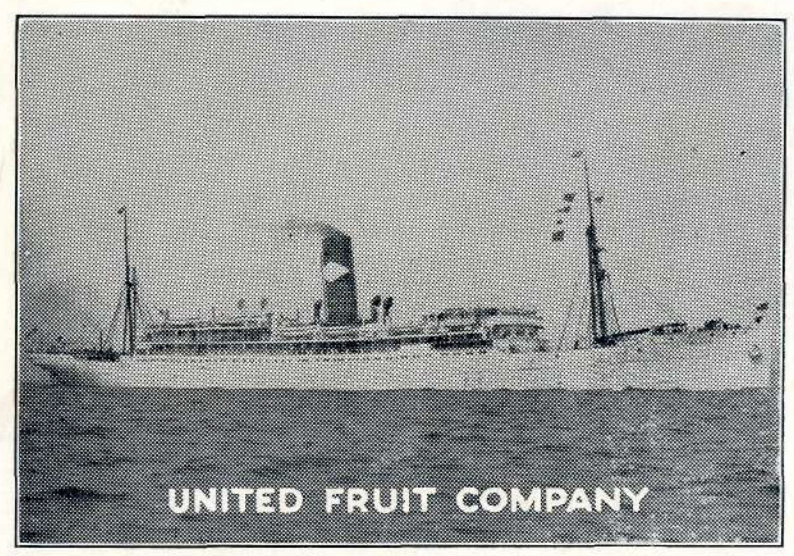

SOCIAL
VOL. I
JULIO, 1916
NO. 7

La Gran = = = =

Flota Blanca

Hermosos vapores navegando bajo la Bandera Americana.



Havana — a — NEW YORK, NEW ORLEANS, COLON (Panamá), PORT LIMON, C. A.

Santiago — a — NEW YORK, JAMAICA, HONDURAS, GUATEMALA, BRITISH HONDURAS

BOLETOS PARA VIAJES DIRECTOS
a todos puntos de los E. E. U. y Canadá

VIAJES CIRCUITOS DESDE LA HABANA
yendo o regresando Vía New York o New Orleans.

VIAJES DE IDA Y VUELTA — *VALIDO POR SEIS MESES*

En efecto Mayo 15° a los puntos principales de los E.E. U.

LUJOSOS CAMAROTES. — SERVICIO ESMERADO

UNITED FRUIT COMPANY

PEDIR INFORMES A

L. Abascal y Sobs., Agentes
Santiago de Cuba.

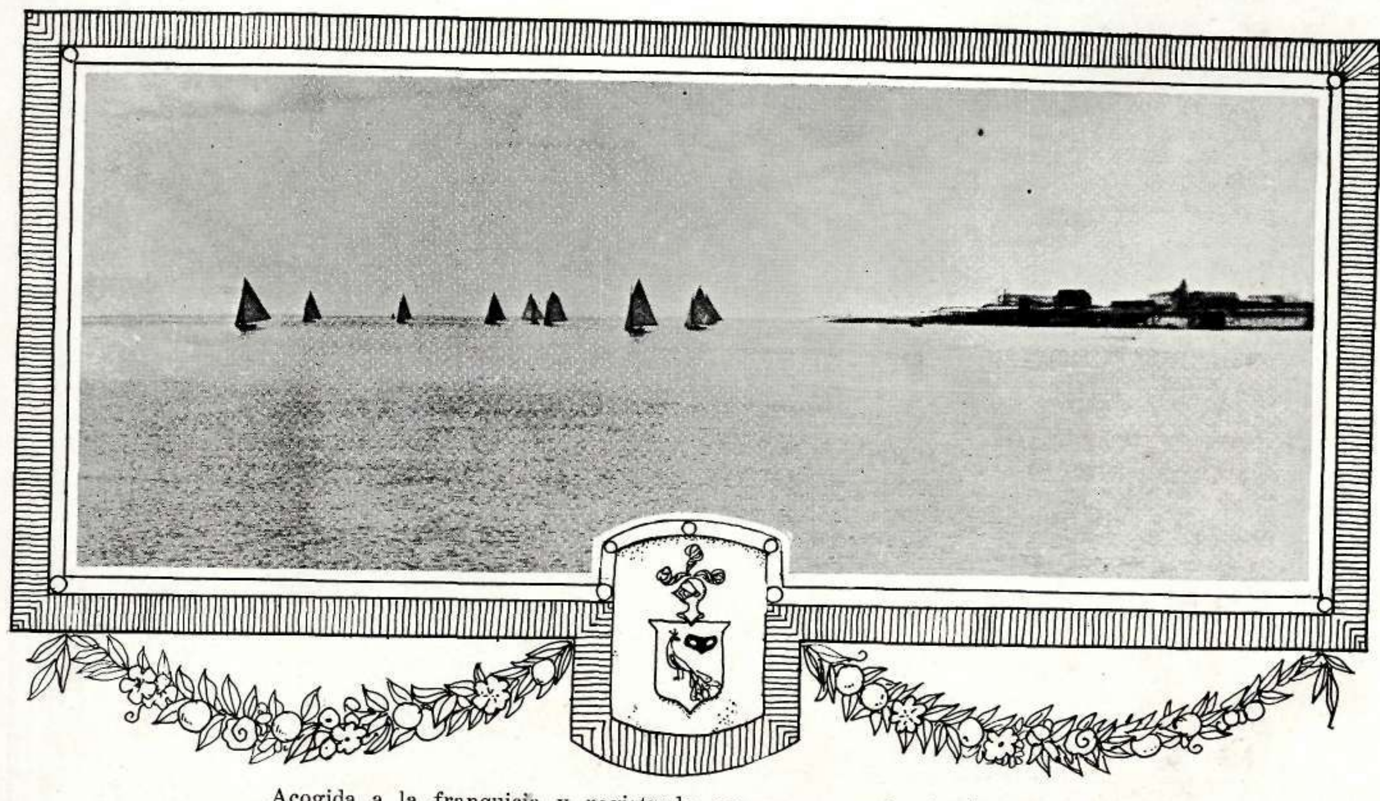
Walter M. Daniel,
Agente general.
Lonja del Comercio, Habana.

UNITED FRUIT COMPANY

Servicio de Vapores



VOL. I. LA HABANA, JULIO 1916. Núm. 7.



Acogida a la franquicia y registrada como correspondencia de 2ª clase.

SUMARIO

DIRECTOR: *Conrado W. Massaguer.*

Un año (12 números) . . . . $ 3.00

Número suelto. . . . . 30 cts.

CABLE Y TELEG.: *MASSAGUER.*

ADMINISTRADOR: *Oscar H. Massaguer.*

Un año (extranjero) . . . . $ 3.50

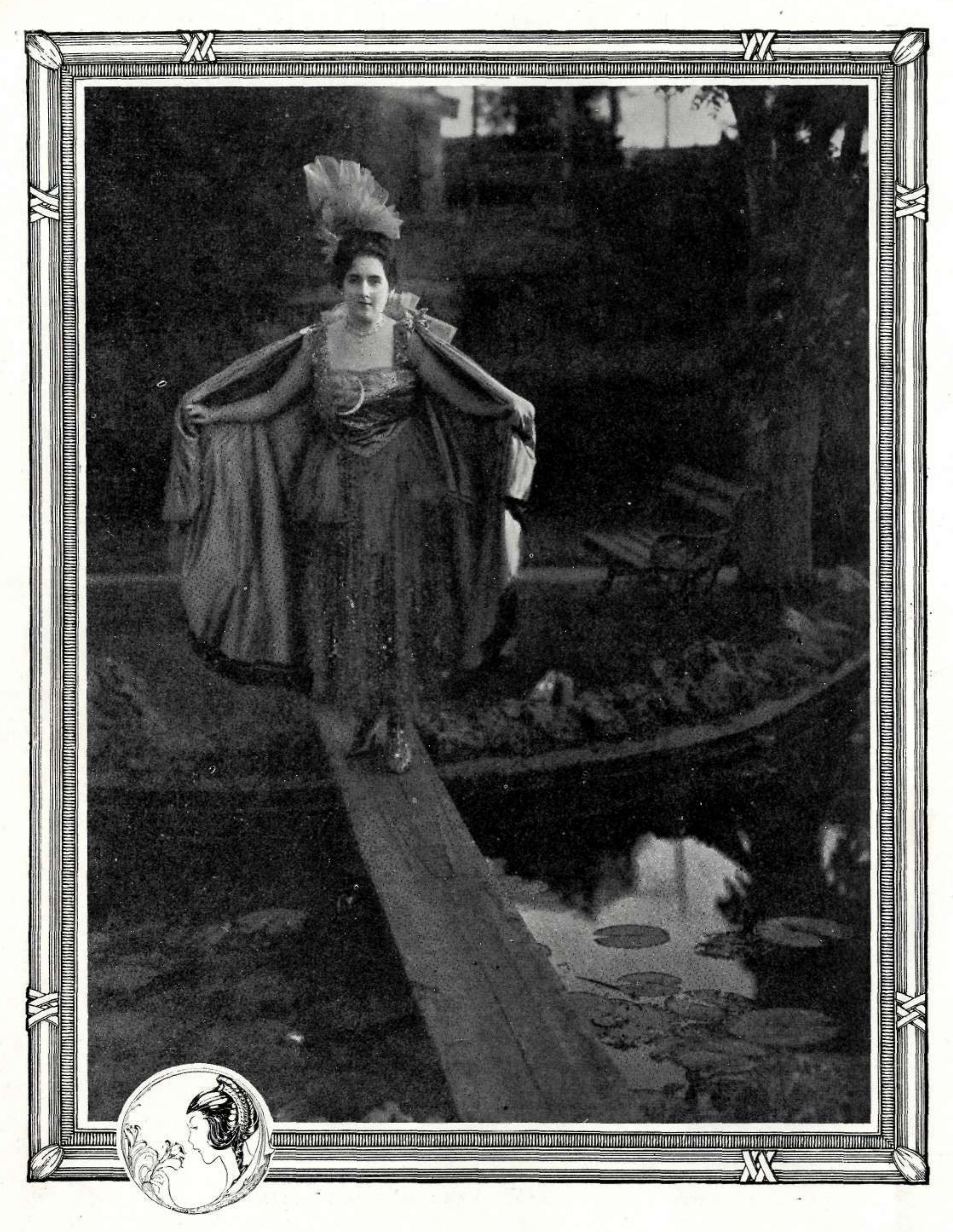
Número atrasado. . . . . 60 cts.

TELEF. F-1564.

Editada mensualmente por MASSAGUER BROS. Calle 4 No. 170 (Vedado).



Impreso por Seoane y Fernandez, Compostela 121-141, Habana.



SRA. LOLÓ LARREA DE SARRÁ

Fot. Blez.



Gran "Staircase hall" de una de las residencias famosas en los Estados Unidos, donde se ve una escalinata de mármol y bronce y una extraordinaria instalación eléctrica. La manera de presentar los cortinajes de las ventanas, está resuelta de una manera brillante. Las paredes son hechas de *piedra-caen* artificial francesa, que es aplicada como mezcla y luego cortada en cuadros. Todo este trabajo de decorado interior, tapices e instalación, fué hecho por los grandes decoradores de New York: H. F. Huber & Co, *Fot. Huber.*

sabré obtenerlo y lo espero. Permítame solamente venir a verla algunas veces.

Entretanto, la primavera había reverdecido los árboles polvorientos de los boulevares y ya se hablaba de volver al Molino, donde las lilas debían estar en flor y las rosas abriendo sus botones. La Sra. de Abricourt sentía un especial cariño por aquel retiro campestre; a pesar de sus costumbres mundanas, sus gustos secretos la atraían hacia la naturaleza y cada año que allí pasaba la acercaban a ella más y más.

Elena, al volver por primera vez al lugar en que su corazón había papitado tan violentamente, se sintió toda conmovida. Al mismo tiempo, se reprochó haber dejado sus diversiones diarias, todas las distracciones que París le ofrecía apartándola un poco de aquel pensamiento que permanecía único en su alma, como un bello lirio en medio de una verde pradera. Pero René volvería, ella esperaba el anuncio de su llegada; él volvería y entonces, toda la fugitiva felicidad pasada se renovaría.

Un domingo estaba sentada en el jardín al lado de su madre.

¡Qué día más hermoso!—exclamó suspirando.

—Sí;—contestó melancólicamente su madre—¡qué día más hermoso! Hoy todo parece lleno de alegría como si la primavera no fuera a terminarse nunca.

A la hora precisa de sentarse a la mesa, llegaron en automóvil, fuertes y contentos, sus hijos mayores.

—¿No sabes Elena?—dijo León.—He recibido noticias de René de Vire. Se casó en Boston con una americana riquísima, que es además bella y distinguida. Siempre creí que ese buen mozo inspiraría allí una gran pasión.

Elena respondió con un corto ¡ah! medio ahogado. Después fueron a almorzar. Las peras cogidas en el huerto y servidas con crema, resultaron exquisitas. Decididamente era un buen día y la Baronesa, saliendo de su habitual melancolía, participó del buen humor de sus hijos. Tomando el café, Jorge anunció que Jaime Desfontaine quizá llegase al mediodía.

—No hubo manera de hacerle que nos acompañase a almorzar—agregó mientras liaba un cigarro.

Elena fué a refugiarse al fondo del jardín. Hubiera querido llorar, pero sus nervios contraídos le impedían dejar correr las lágrimas. Sentía más indignación que dolor. Sin poner atención en las rosas que se habían abierto con el alba, las arrancaba, pisoteándolas después. Olvidada, despreciada, sentía sangrar su corazón por esta afrenta, como sangraban sus finos dedos con las heridas causadas por las espinas de las rosas. ¡Ah, si sus lágrimas pudieran correr!

Al poco rato llegó Jaime Desfontaines y sólo él notó la palidez de Elena, su cara crispada, sus dedos heridos por las espinas. Y aquel día no le dijo nada. Pero volvió el domingo siguiente y todos los demás. Estaba enamorado de la joven y también del Viejo Molino. Y toda la poesía de aquel pedazo de tierra, fecundo y silencioso, penetró en su alma y acrecentó su amor, fortificándolo y arraigándolo más aun. ¿No había llegado ya, el momento de renovar su petición, que esta vez quizá sería aceptada? Elena estaba triste, sus mejillas habían palidecido. Sólo tenía dieciocho años, y, a esa edad, un cálido suspiro, una palabra ardiente, son suficientes para disipar la tristeza. El, por su parte, estaba seguro de sí, la haría dichosa, su vida transcurriría dulcemente, se había jurado a sí mismo conquistarla con un lento y paciente esfuerzo.

Una tarde, en que por casualidad cogió la mano de ella y la conservó entre las suyas, Elena lloró. Lloró largo rato y, mientras tanto, él, poco a poco, iba acercando a su pecho la cabeza de su amada. Todo esto pasó en un rústico banco situado a la orilla del pequeño río cuyas aguas ondulaban suavemente. En ese momento y en un impulso repentino, la dijo: "Realmente la amo a Ud. mucho."

Elena no respondió, pero por el abandono con que dejó su mano entre las de él, Jaime comprendió que muy pronto sería su mujer.



CUBA EN EL EXTRANJERO

NUESTRA LEGACION EN PARIS



Se halla en la rue Copernic No. 5, ocupando totalmente el antiguo hotel de los Condes de Benoist d'Azy, pertenecientes a la rancia nobleza francesa. (El Sr. Conde, agregado naval durante varios años de la Embajada francesa en Washington, manda hoy uno de los acorazados del Mediterráneo.)

El edificio se compone de tres pisos y planta baja, con gran patio, caballerizas y garage. Es confortable y elegante, y está próximo a la Place de l'Etoile, el barrio *chic*.

El Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario es el ex-representante a la Cámara Dr. Rafael Martínez Ortiz, que aparece en esta página. Damos, también, una vista de la fachada y un salón de la Legación.

Por su cultura, corrección y patriotismo es el Dr. Martínez Ortiz, un digno representante de nuestra patria, en la gloriosa nación de Bonaparte.

Fots. cedidas, amablemente, a SOCIAL, por esa Legación.

POR LA DICHA (CUENTO)

Por CARMEN KARR

Cuando Juan se hubo apeado en la pequeña estación y visto el tren correo perderse entre las alamedas, camino de la frontera, dióse cuenta de estar solo delante del mozo, que le pedía su billete mirándole extrañado, como preguntándose el motivo que podía traer, a aquel perdido rincón, caballero de tal porte.

La mañana se presentaba gris, pesada, precursora de un día caluroso del fines de Agosto. Al borde del andén, Juan miró en torno, orientándose; más luego. atravesando la vía, bajó resueltamente a la polvorienta carretera por un sendero abierto en el cañar del terraplén.

Entre unas casas nuevas para él, tomó a la derecha, siguiendo hasta la última, más vieja, que ostentaba encima del abierto portalón la gran rama de pino, anunciadora de una posada. En ella entró el viajero, dando los buenos días a un viejo aldeano, sentado entre unos sacos de granos, y minuciosamente entretenido en limpiar de pajas las habichuelas secas contenidas en un tamiz.

Juan pidió de almorzar.

—Si no lleva prisa el señor, puede descansar un rato. Está mi nuera en el huerto y no tardará en volver, contestó el viejo ofreciendo una silla al caballero.

—¿No es de por aquí el señor?, preguntóle al poco rato a Juan.

—No, contestó éste, después de una imperceptible pausa, pero cuando era joven venía con frecuencia a cazar en esta comarca.

—Entonces, añadió el viejo, mirando a su interculotor con una sonrisa en la desdentada boca, debe hacer pocos años.

—¡Más de veinte, amigo!

—¿Cómo...? pero si el señor debía de ser un niño...

Quitóse Juan el jipijapa que le sombreaba el rostro, y entonces pudo ver el viejo que, aquel hombre de cuerpo robusto y juvenil, tenía las sienes canosas y en la morena frente profundos surcos.

—Sí; yo solía venir de caza a Santa María la Negra, en los bosques del Encinar.

—¡Ah! ¡El Encinar!... Buena finca, señor, la mejor de la comarca, repuso el aldeano inclinada la cabeza sobre el cedazo, en el que hurgaban sus dedos negros y rugosos como trozos de vieja cepa.

—¿Viven los dueños todavía?

—Sólo la señora Catalina que ya va para los noventa.

—¿Cómo?... ¿vive la abuela todavía?

—La bisabuela querrá decir el señor. Están ahora en el encinar con ella, su hijo mayor D. Joaquín, su nuera Doña María, y su nieto D. Manuel el viudo, padre de tres muchachas ya casi mozas. En invierno, toda la familia vive en la ciudad, y queda sola aquí con los criados la señora Catalina. A ella, nadie le quita su vestido de aldeana, ni las paredes del Encinar.... Pero los tiempos, para los demás, han cambiado mucho. Si el señor conocía a la familia...

—Ya lo creo, como a la mía, contestó con viveza el viajero. Siga V., tengo gran interés en saber...

—Recodará el señor, entonces, que la señora Catalina tuvo siempre un genio así... muy...

—La dueña del Encinar fué siempre una mujer soberbia, voluntariosa y cruel... sí; recuerdo lo que sufrían todos los que la rodeaban, y sobre todo, sus nueras y su nieto, el hijo de su hijo Pedro... ¿Qué ha sido de todos ellos? dígame...

Y en la voz del forastero había como un cierto temblor nervioso, hijo de una contenida impaciencia.

—Pues verá el señor. Como Dios suele mandar a cada uno su merecido—y no es ya la señora Catalina sombra de lo que fué,—ha quedado hoy muy arrinconadita, tragando bilis, ya que con todo su juicio cabal, a pesar de los años, no ha podido oponerse al cambio de vida de sus hijos, ni a las obras que se hicieron en el Encinar... ¡Oh!, si va por allí el señor, no conocerá la finca. Quien gobierna es ahora Doña María, y aun que nada falta a la abuela, no creo que haya olvidado la nuera lo que pasó años atrás, bajo su mando... y... como ella es hoy dueña y señora, claro está que...

—Y el hermano de la señora Catalina ¿qué se hizo?

—¿El canónigo? Vino hace pocos años a moris aquí, dicen que del disgusto de que no le hicieran obispo.

—¿Y los otros hijos de la señora Catalina?

—Doña Pilar, la Priora de las Trinitarias de G... vive todavía. El pequeño, como le llamaban a D. Pedro, murió. Ya era hora.

—¡Hombre!...

—Si el señor conoce a la familia ¿cómo no sabe quien era D. Pedro.

—...Algo... sabía... pero...

—¡Ay señor! ¡no había en toda la comarca otra mala cabeza como la suña! Jugador, mujeriego, loco, sin amor a nada ni a nadie... ¡Cuánto no tuvo que sufrir la pobrecilla de su esposa, Doña Leonor, aquel ángel de Dios que se trajo a este valle!...

El viajero habíase levantado, y fumaba andando nerviosamente por la sala, oyendo al viejo, oculto el rostro bajo el ala caída del sombrero.

—A no ser por lo que la querían sus cuñados, a ella y a su pequeño Juanico, creo que la infeliz hubiera muerto antes de volver a la ciudad, pues quizás sepa el señor, que D. Pedro había abandonado a su mujer y a sus hijos en casa de sus padres, para correr por esos mundos.

—....Sí.

Y como los viejos nunca perdonaron a Doña Leonor, que siendo pobre se hubiera casado con su hijo, a la infeliz la hicieron pasar un calvario en el Encinar, hasta que no pudiendo aguantar más, cogió un día al niño y se marchó a trabajar a la ciudad.

Allí murió, dicen que de miseria y como nadie sa-

bía por donde andaba D. Pedro, los del Encinar no tuvieron más remedio que amparar al chico y traérselo aquí, en mal hora, pues el pobrecillo tuvo que soportar el rencor de los abuelos. Bien le querían D. Joaquín y Doña María, que siempre fueron compasivos, pero... los viejos mandaban, y trabajo tenían los jóvenes en luchar por cuenta propia. Al señorito Manuel, le tenían estudiando en la ciudad, y al pobre Juanico le obligaban a trabajar como a un mozo de labranza. Y él, siempre con aquella carucha triste y resignada, con un genio más dulce que la miel, mire el señor; hasta el día en que quisieron que estudiara para cura ¡para expiar los pecados del padre!

Entonces quiso el muchacho rebelarse... Pero no le valió: estaba allí el tío Narciso, el cura, y lo encerraron en el seminario de G... Todavía recuerdo aquellos años, en que pasaba por aquí en tiempo de vacaciones, con su hatillo de libros y de ropa, andando sus diez horas desde la ciudad hasta Sta. María la Negra,—pues no eran para él las caballerías del Encinar. Cuando estuvo a punto de cantar misa, no sé lo que pasó, pero el caso es que debió el chico sacar el genio, puesto que no pudiendo conseguir que fuera cura a la fuerza, le obligaron a ir a servir al Rey. Si señor: un nieto del Encinar fué soldado, mientras en la casa de sus mayores se habían redimido siempre los mozos de labranza, afirmó el viejo con voz más vibrante. El día en que pasó por aquí por última vez traía más alegre la cara. Entró a despedirse. Aquí mismo... donde está ahora el señor, junto a la puerta, me enseñó seis duros que le habían dado sus tíos sin que se enteraran los viejos, y me dijo: "Tío Tomás, me voy a servir al Rey, y después... sabe Dios donde: lejos, muy lejos. Si algun día vuelvo por Sta. María la Negra, será siendo rico, si no... ¡hasta el otro mundo!"

Aquí, le habíamos visto nacer, y todos los del pueblo que trabajábamos para el Encinar, le queríamos al muchacho, que era muy amable y sufrido como su madre. ¡Pobre Juanico! ¡ya no ha vuelto por aquí! Acabados sus años de servicios, se embarcó para las Américas en un buque que se fué a pique, sin que pudiera salvarse nadie... En el Encinar no le lloraron más que sus tíos. A los viejos, pareció que se les había quitado un peso de encima; y D. Narciso, que nunca había perdonado al chico que colgara los hábitos, dijo que aquello había sido un castigo de Dios. Calló el viejo, hasta que el forastero, con cierta impaciencia insistió.

—...¿Y su padre? ¿Qué fué de D. Pedro?

—Pues, señor, volvió al Encinar a poco de estar fuera el chico, tan cambiado que ni parecía el mismo, enfermo, viejo, acabado, medio chocho... murió al fin sin enterarse de la muerte de su hijo...

Nada, señor, que quien mal anda...

Mas en aquel instante, llegaba la nuera, los brazos cargados de hierba fresca, y su voz juvenil dió los buenos días al caballero desconocido.

Cuando se hubo perdido la silueta del forastero a la vuelta del camino de Sta. María la Negra, el viejo enseñó a su nuera dos soberbios vegueros y cinco duros, que le había puesto en la mano al marchar el caballero...

—¿Estará loco ese señor? preguntaba la nuera, maravillada.

—Y a mí,—quedó murmurando el abuelo—que me parece conocer esos ojos...

Subía el camino por entre un triste paisaje de viñedos y campos segados. De trecho en trecho, una vieja casa de labranza rodeada de pajares, de saúcos e higueras centenarias, cortaba la monotonía monócroma bajo el cielo gris y la atmósfera plomiza.

Todo lo iba recordando Juan... todo. ¡Y habían pasado más de veinte años! ¡Cuánto había sufrido, en aquel rincón de tierra, su alma altiva! Y sin embargo, no había logrado olvidarlo nunca, como si en aquellos bosques y en el obscuro campanario de Santa María la Negra, hubiesen quedado prendidos trozos de su corazón, con los amargos recuerdos de sus primeros años, trozos de corazón, que le hacían falta, para vivir completamente dichoso, y por los que venía atravesando océanos y tierras, desde más allá de las Antillas.

Hoy bendecía como nunca, el milagro que le dejó luego más libre, desprendiéndole de su pasado, y habíale hecho perder—tontamente—en una escala, la nave que luego tragó el Atlántico. Prefirió que le creyeran muerto los suyos, y durante sus años de labor en tierra americana, nada hizo por saber tampoco él, más, de su familia. Sólo la víspera, algunas noticias vagas, en el hotel de S..., donde, había bajado al día siguiente de desembarcar en B..., y luego lo que acababa de contarle Tomás, el viejo parcero.

Porque, Juan, había querido ver su tierra al fin, siquiera una vez; y en cumplimiento de su promesa volvía a ella, rico, muy rico. No se explicaba bien el imperio que ejerciera siempre sobre él, el recuerdo de aquel rincón de mundo que le fué tan inhospitalario; mas era evidente que allí había debido volver, en busca de algo que le faltaba. No sabía más que: un *algo* indefinible, pero que presentía altamente consolador y necesario a su dicha.

¿Le reconocerían sus tíos, su primo, la abuela?

Juan atravesó el lecho arenoso de un riachuelo seco, entre las salvias floridas, y llegó al final de una cuesta. Allí, a sus pies, sobre una pequeña loma del valle sombrío, apareció Santa María la Negra, irguiendo sobre el fondo de las montañas cubiertas de encinas, la joya exquisita de su campanario gótico, moreno y dulcemente triste, amparador de unas casas ruinosas, negruzcas y apiñadas junto a él, entre el obscuro verdor de los encinares.

Los ojos del indiano se humedecieron.

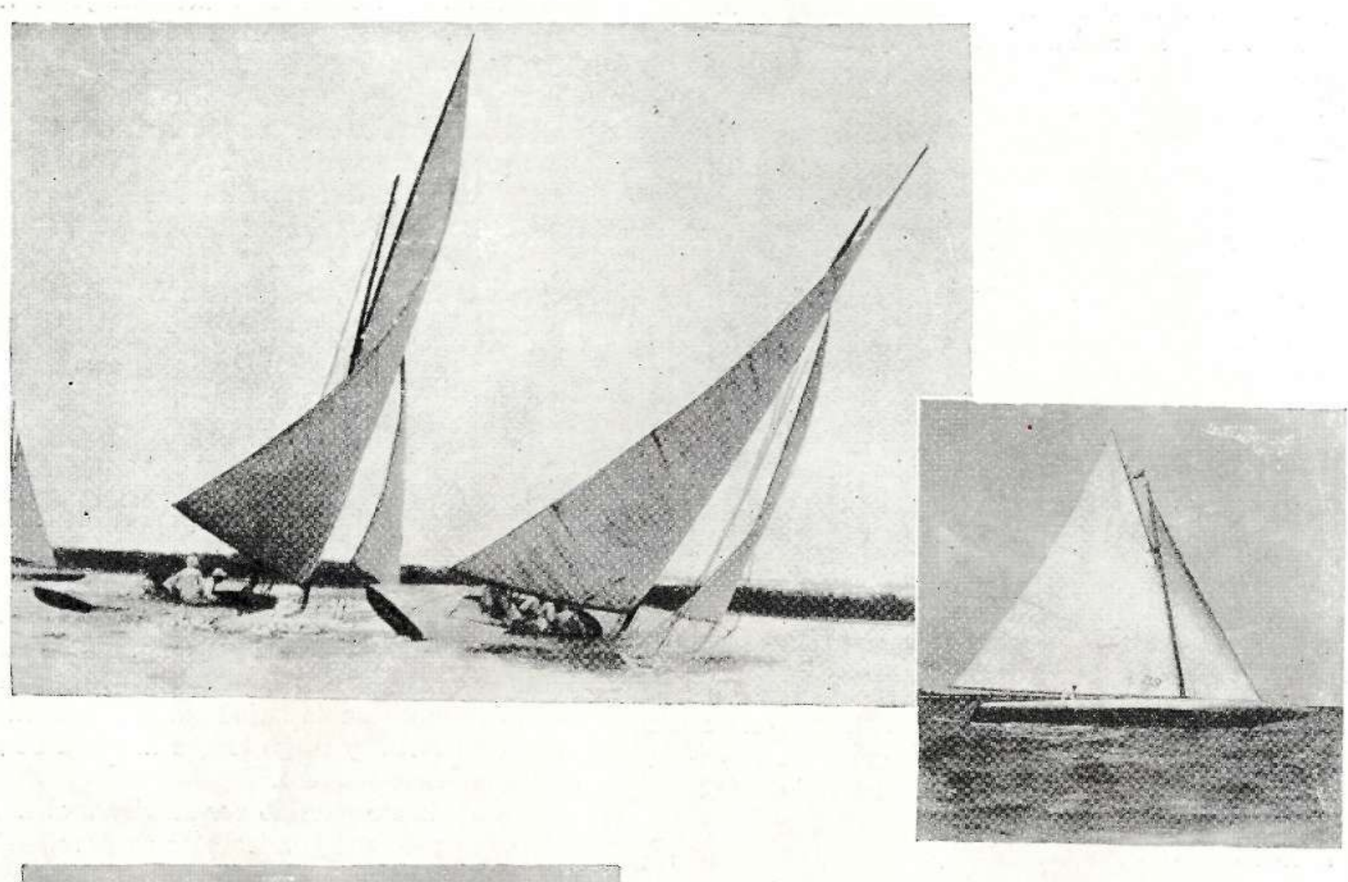
¡Veinte años atrás, en aquel mismo lugar, habíale dicho adiós al campanario, al pueblecillo, el muchacho, rico de esperanzas, y de un capital de treinta pesetas.

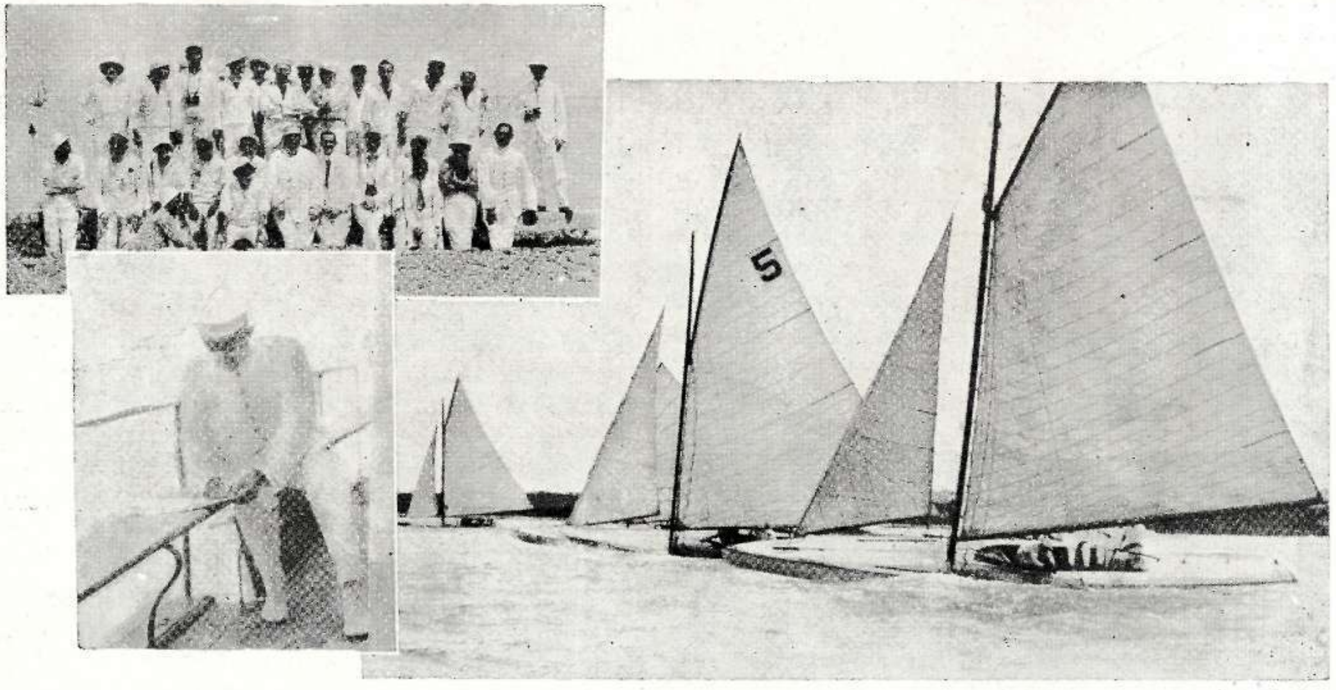
Sentado en el borde del camino, púsose Juan a recordar mirando a su pueblo. Al pie de la Iglesia, bajando hasta la base de la loma, blanqueaba la casa señorial del Encinar, más no como él la dejara, en su majestad severa de antiguo caserón, sino modernizada, con grandes galerías, blancas azoteas y sus miradores alegres, que eran como una sonrisa de bienestar y de lujo en aquel sombrío vallecito, negro de añejas encinas y de viejos robledales.

Allá abajo... aquellas matas de un verde más claro.

Continúa en la página 35.

YACHTING





Las regatas de yates, han dado motivos a los cronistas de sports y de sociedad, para llenar algunas cuartillas, en esta monótona estación veraniega. Sobre todo este año, cuando la mayor parte de nuestro *swell set* se halla en playas y montañas de los Estados Unidos o en la playa azul, como *Puck* ha bautizado a Varadero.

En esta plana aparecen por orden, los yates "Harpoon", "Dodo", "Quiver", "Sprig", "Mercy", "Dulce María" y "Robin". Además un grupo de *clubmen,* después de las regatas, tomando el sol y al Coronel Eduardo Pujol, ocupado en sus quehaceres de juez de salida.

Fot. López López y Pepe Andrés.

YACHTING



Desde la terraza del V. T. C., siguiendo el curso de los yates, aparecen la señorita Julita Pla y el Dr. Raulin Cabrera.—El *Carlos Carbonell*, llevando a su bordo a los *clubmen* René Berndes, Leopoldo Freyre de Andrade y Gaspar Contreras.—La Sra. Hortensia Carrillo de Almagro, es una entusiasta por el náutico deporte.—El "Harpoon", navegando con viento en popa.—"Sprig", el bello yate del Sr. Víctor G. Mendoza.—Las señoritas Conchita Gallardo y Carmita Reyna.—Las señoras Carrillo de Arango, Ariosa de Cárdenas y Reyna de Ariosa.—*Gimenitos* Lanier contando un *fish story* a las señoras de Ariosa y Lawton y al Sr. Ignacio de Almagro.—El Dr. Lanuza, que no le importa la competencia que le hace *Gimenitos*, narra una aventura de mar a los señores Martín Aróstegui y Oscar Díaz Albertini.—El popular presidente del "H. Y. C." rodeado de sus muchachos, después de una *faena* de más de tres horas.

Fot. González-Sastre y Andrés.

YACHTING



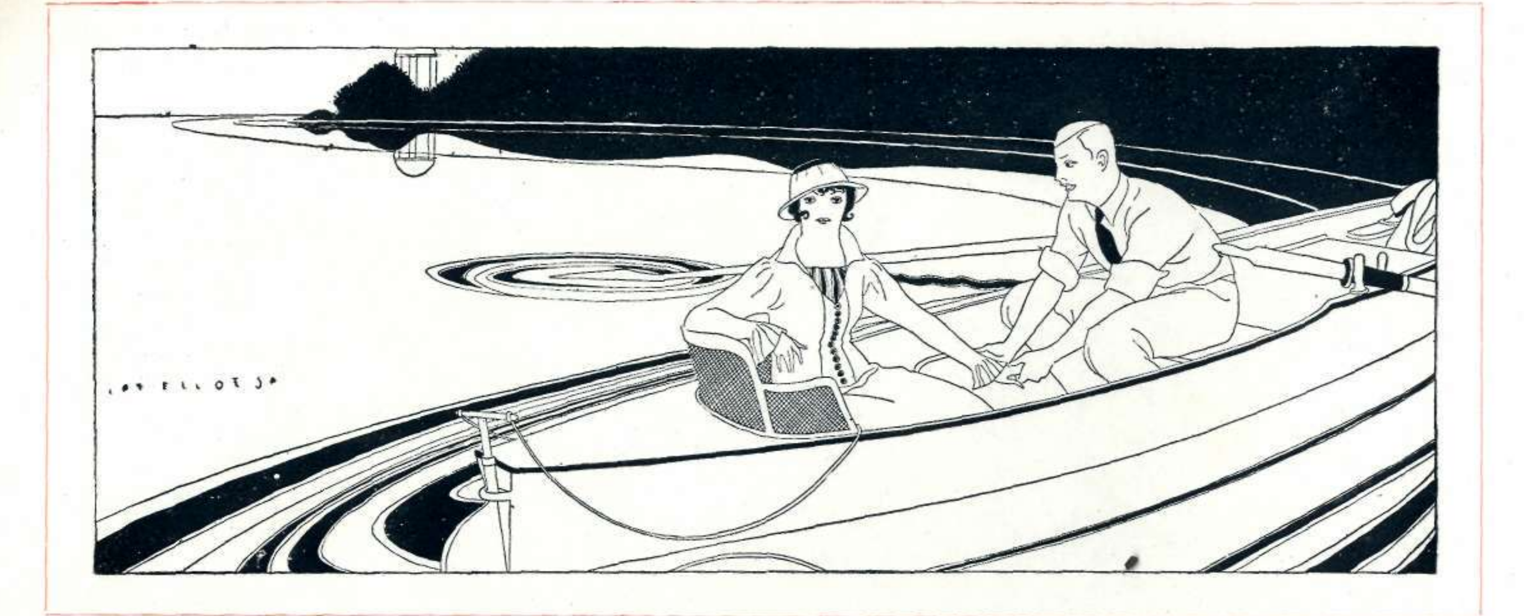
Un sexteto interesante en plena playa, formado por las señoritas Almagro-Carrillo, Aguirre, Arellano (María Luisa), Cano, Vinent (Anita) y Toscano.—El yate "Okeia", de Pedro Pablo González.—El discutido "Ellen" (No. 5) del Dr. Enrique Lavedán.—Los Dres. Gabriel García Echarte y Ricardo Sarabasa, presencian las regatas desde un remolcador. Los acompaña Sarabasa Junior.—En línea de combate se ven en esta plana los balandros "Ellen", "Sprig", "Mercy", "María Luisa" y "Harpoon".—La señorita Seida Cabrera Marcaida, una gentil espectadora.

Fot. López-López, Pepe Andrés y González Sastre.

EN EL "HAVANA YACHT CLUB"



Apuntes hechos a traición, por Massaguer



CARTAS CRIOLLAS

POR MILIO

Sr. Conrado W. Massaguer,
Ciudad.

Distinguido señor:

Sirviendo como mecanógrafo a un joven que, con regularidad maniática escribe cada mes a un amigo, joven también como él, que reside en los Estados Unidos,—a donde ha ido a estudiar ingeniería,—he tenido ocasión de aficionarme a las cartas, que aquél me dicta, las cuales creo dignas de que se publiquen.

Después de insistir mucho, he conseguido permiso para disponer de una copia de cada una de las cartas que se me dicten; y le incluyo la primera copia que me ha sido concedida, por si usted, pensando como yo, estima que merece ser publicada.

Si en el próximo número de SOCIAL, o en el siguiente, tengo el gusto de verla impresa, significará que usted acepta los envíos, y, en tal caso, los haré con la misma regularidad con que se escriban los originales.

Sólo una condición me permito imponer: la de que usted no intente siquiera saber quién es el autor del epistolario. De lo contrario, yo, y el que verdaderamente escribe las cartas, que le conocemos a usted y le tratamos mucho,—y le queremos de veras—lo sabremos en seguida y se suspenderán, definitivamente, los envíos.

¿Conformes?

Le saluda afectuosamente,
ATALANTO.

Ayer, al empezar la noche, quedéme un rato en la terraza, pensativo, inevitablemente pensativo, vencido por la fuerza de mis remembranzas y de mis reflexiones. ¿Por qué, a veces, prefiero hablar conmigo mismo que con ninguna otra persona? ¿Será porque en mis coloquios con mi alma, converso más a gusto y únicamente de lo que gusto y en un mundo más a gusto mío también?

Quizás sea esto último; pero, ciertamente, no vale la pena de averiguarlo.

Lo que sí es verdad, es que luego que se me ha pasado la furia de pensar, me asalta otra furia: la de comunicar a alguien lo que he pensado, o, por lo menos, una parte (y casi siempre es una parte y muy pequeña) de lo que mi imaginación ha creado, o se ha figurado crear.

Y nada me deleita tanto como darte a conocer mis pensamientos. Tú los comprendes. Los aplaudes o los discutes.

Pero, ¿en qué pensé ayer, en la terraza, al empezar la noche? Creo que debes de enfadarte, y muy en serio, porque en este momento no lo recuerdo. Todo quiero decírtelo al mismo tiempo y no sé cómo ordenar mis palabras. Además, el ruído de la maquinita de escribir, que este diablo maneja con una agilidad mareante, me ha distraído un poco. Y quizás más que el ruido, me desconcierta la rapidez con que escribe este mecanógrafo, siempre impasible, aun ahora en que estoy refiriéndome a él, y que me está mirando siempre, o casi siempre, como espiando mis palabras para cogerlas a flor de labio y dejarlas escritas casi antes de que hayan podido llegar a sus oídos. Y así resulta que todavía no he acabado una frase, cuando ya el amanuense la ha escrito y me está mirando, esperando más, como si todo le pareciera poco, como si hubiese llegado a figurarse que yo soy otra máquina que no puede pararse, ni dejar de hablar, para que él, el dichoso mecanógrafo, no pueda dejar de escribir.

Y me inquieta a ratos, porque en su mirada expectante, igual, se me antoja ver un gesto, apenas perceptible, que me invita a seguir hablando y hablando...

Seguiré, pues, porque así me quito de encima esa mirada, que cuando se prolonga mucho tiempo, me pone un poco nervioso. Sí, chico, nervioso. En ciertos momentos parece como si me dijera, ese mirar igual, inalterable:—"Vamos, hombre, ¿se le acabó el carbón; no sabe qué decir?

A mí lo que me sobran—y de paso lo sabrá este mecanógrafo que mi comodidad me impone abusivamente—son cosas de que hablar. Lo que pasa es que no siempre se me ocurre aquello que quisiera contar, sino lo que yo quiero tener reservado, guardado, sin darlo a conocer nunca; o, las cosas que deseo explicarte, se me agolpan tan juntas en la memoria que, como ya te dije, me cuesta trabajo escogerlas y ponerlas en orden, como si fueran reclutas torpes que no acertaran a obedecer órdenes para colocarse en fila.

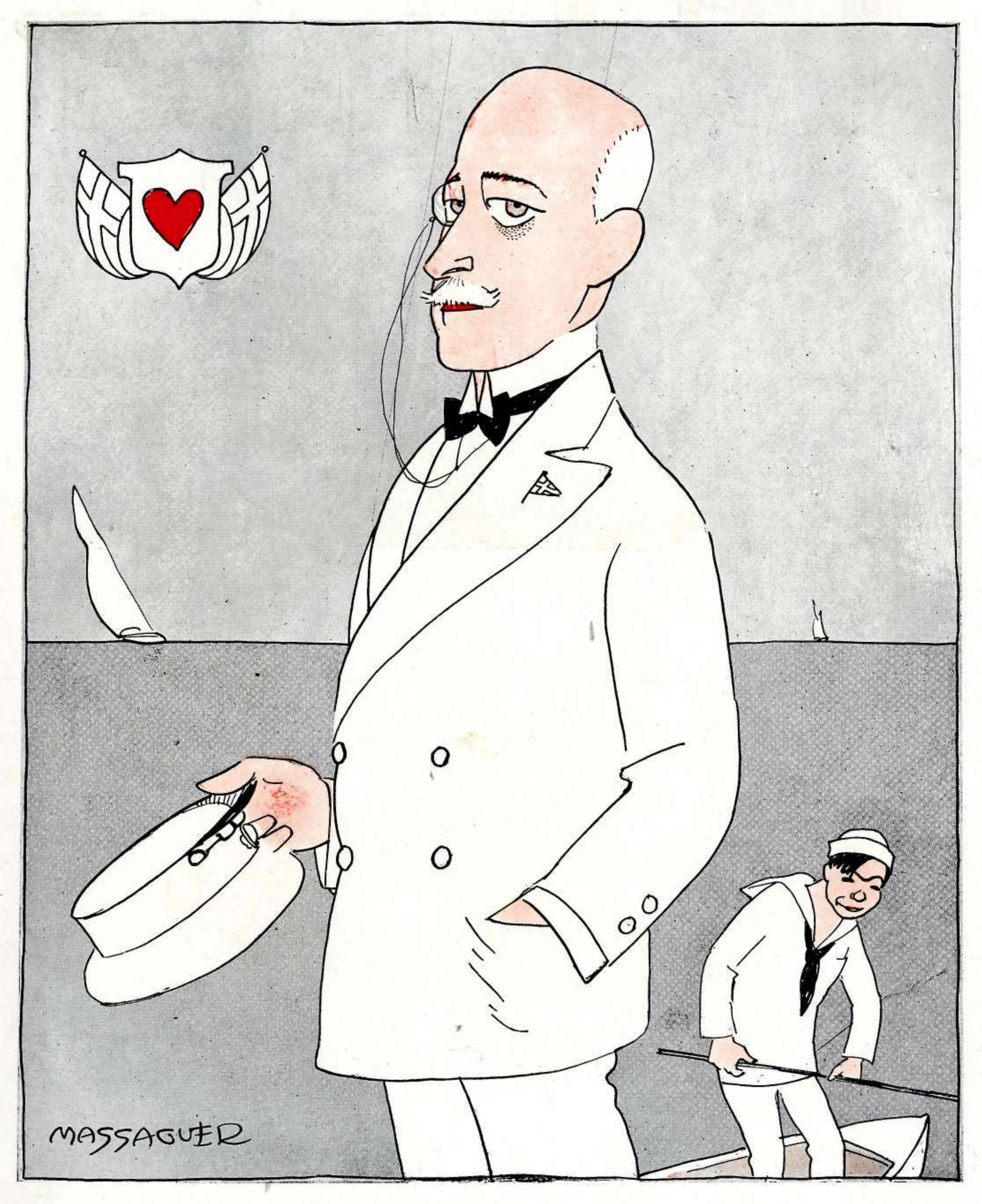
Pero, bueno. Hace ya como un cuarto de hora que estoy dictando y todavía me hallo en el exordio. Y tú quieres noticias, noticias. Todas tus consideraciones sobre la inutilidad de la filosofía, no tienen otra finalidad: que suprima los comentarios y las disquisiciones y todo lo que no sean noticias, noticias puras y escuetas, sin adornos y sin notas; que, como me decías tú en cierta ocasión, nada te divierte tanto como *metafisiquear*, a tu guisa, sobre una noticia.

Ahora estamos comiendo mangos, nuestros mangos. Los comemos en casa, en el cuarto, en payama. En público, comemos toronjas, antes de las comidas, como vemos que lo hacen los americanos.

Y nos estamos vistiendo de dril blanco para las fiestas de noche. Consecuencia de que nuestro cronista mayor, el de las consagraciones, se ahogue bajo el smoking o el frac. Vivimos con la ilusión de que el traje de dril blanco es fresco hasta de noche. Nos hemos olvidado de que el color blanco sólo es bueno para estar al sol. Ya no hacemos memoria de aquellos bailes en la Playa, por la tarde, en los que, a la tercera vuelta de un vals, no se veían más que cuellos escandalosamente arrugados y mojados y espaldas atravesadas por el sudor, con dos tonalidades de blanco, cuando no con la revelación desencantadora de unos tirantes chillonamente rojos o de una camiseta rota. Pero, queremos imitar a la India; vestirnos como se visten los oficiales ingleses en aquel lejano país, en el que se consideran como de temporada y que, aunque pertenece a la Gran Bretaña, no es la Gran Bretaña.

Sin embargo, no vayas a desesperarte. Nuestras mujeres, nuestras incomparables mujeres, no han pensado siquiera en ir a las fiestas de noche vestidas con trajes de warandol.

Concluyo. Tengo todavía que ir, vestido de dril blanco, al baile de la Playa esta noche.



SR. VICTOR GONZALEZ DE MENDOZA

Presidente del "Havana Yacht Club"

Caricatura de MASSAGUER.



COMPROMISOS.

LOLITA MONTALVO Y SALADRIGAS y JORGE BARRAQUE Y GONZALEZ.

EVA LAVASTIDA y el Dr. RAUL MONTERO SANCHEZ.

EMELINA RODRIGUEZ-CAIRO y FRANCISCO SAN MARTIN.

MERCEDES BALSINDE y JOSE BALSINDE.

ALEJANDRINA RODRIGUEZ-CAPOTE y LUIS ESTEFANI.

BODAS.

3.—CLEMENCIA PORTELA LLERANDY y GUILLERMO VILLALBA DE ZALDO.—Iglesia del Angel.

12.—ANA MARGARITA LOPEZ-CALLEJA y el Tte. JULIAN MARTINEZ-CASTELLS.—Iglesia del Obispado.

12.—ELVIRA OBREGON y CARLOS MANUEL DE LA CRUZ.—Iglesia del Angel.

17.—MERCEDES DANIEL y el Dr. OSCAR HERNANDEZ.—Iglesia del Angel.

20.—CONCEPCION FOYO CARABIA y ARTURO HEVIA.—Iglesia del Angel.

21.—GRAZIELLA BALAGUER GOYRI y JOSE C. BLANCO-HERRERA Y ORTIZ.—Iglesia de la Merced.

27.—AMERICA GARCIA y JOAQUIN DOYARZABAL.—Iglesia del Angel.

28.—BIBI DUPLESSIS y JUAN GOMEZ.—Iglesia de la Merced.

29.—ELISENDA TOUS y RAOUL PINA.—En la casa de la novia.

OBITUARIO.

La Sra. Muro de Pla.
Sra. Zenona del Castillo de Loret de Mola.
D. José Abeillé.
D. Pablo Diez de Ulzurrum.
Sra. Adela Pérez-Vento de Angulo.



EVENTOS.

15.—Función benéfica en *Maxim,* por la colonia mejicana.

17.—Concierto Sinfónico en el Teatro Nacional.

26.—Velada fúnebre en honor del insigne tribuno señor Eliseo Giberga y Galí. En el Ateneo.

LOS QUE LLEGAN.

Mario Menocal Seva, Guillermo Lawton de Armas, Luis B. Deschapelles, Oscar Tabío, Mr. Snare, Miguel Lluria y familia, Manuel Galdo y familia, Ernesto Longa, Jorge y José Miguel Tarafa, Elisa Cartaya de Ferrer, Ramón Pelayo, Juan de Dios García Kohly y familia, Alvaro Ledón, *Coquito* Montalvo, Harry Liao, Frank G. Robins, Ana P. de Zaldo, Alberto de Verastegui, Pelayo García, Rosita Montalvo de Coffigny e hijos, Ofelia Brito, Otto Obregón, el ministro americano Mr. González y señora, Carlos Arnoldson, Pedro Diago, Virginia Benítez de Cortiñas, Calixto García Becerra, Rafael Cerviño, Julio Rodríguez-Embil, Lolita Abreu, Juana Menocal de Deschapelles e hija, Andrés de Segurola, Inés Goyri de Balaguer, Antero Prieto y familia, Faustino Angones.

LOS QUE SE VAN.

Germán Olavarría y señora, la viuda de Schwab, Consuelo García Echarte y Fidelia, su hermana; Alonso Franca y señora, Beatriz Alfonso, Leonor Díaz Echarte, Angela Echarte, Guillermo Domínguez-Roldán y familia, Eduardo Azcárate y Fesser, Juan Federico Edelmann y señora, Emelina Wyatt, Francisco de Sola y señora, Lolita Abreu, Andrés de Segurola, Eloy Martínez, Marqueses de Perijaa, Condes de Torrubia, Agapito Cagigas y señora, Viuda del Valle y familia, la familia del Dr. Sánchez Agramonte, Antonio Colás y señora, Tomás Machín y señora, Miguel Carreras y señora, Consuelo Nadal de Griffith, Rosario Martín de Luttich, Micaela Mendoza de Carrillo, Leonor Nadal, Nena Pella, Luis Menocal y señora, Agustín de Goicoechea y señora, José Blanco-Ortiz y señora, Alfredo de Sena, Enrique Zulueta y señora, Emilia Benson, Pedro Laborde, Rafael María de Angulo, Dr. Blas Oyarzun, Pedro Pablo Garmendía, Félix Pagés y señora, Juan Argüelles y familia, León Crespo y familia, Enrique Andino, y su hijo Raul, José A. Barnet y familia, Ana Boada, Vda. de Pazos e hijos, Sra. Chita Escardó de Freyre e hijas, René Berndes, Luis Díaz, Ignacio Irure, Fabila Fabián, Antonio Berenguer, Francisco Arango y señora, la familia Claussó-Argüelles, Consuelito Ferrer, Zenaida Gutiérrez, la familia de Mr. Steinhart, Pelayo García, Carlos Manuel de Céspedes y señora, Samuel Tolón Hernández, Dolores Pina de Larrea, María Larrea, Srtas. Párraga, Josefina Longa, Mercedes Longa, Teté Robelin de Torruella, María Teresa Carrizosa de Robelin, Arístides Agüero, Alfonso Forcade y señora, Marqueses de Pinar del Río, Angela Casuso de Muñoz-Bustamante, América Wiltz de Centelles, Regino de Truffin y familia, Alberto de Verastegui, Otilia Llata, Manuel Carreño y señora, John B. Dod y señora, la familia de Leslie Pantin, Orestes Ferrara y señora, Inés Goyri de Balaguer, Jorge Tarafa, Dionisio Velasco y familia.

BOUQUETS

Puck en el "Heraldo de Cuba"

Massaguer Bros, de los cuales uno es el caricaturista, cuyo lápiz es ya creador, han acometido una obra de mérito: la publicación de la Revista "Social".

El número 4º, recién aparecido, es precioso, comentario gráfico el más elocuente, del baile "Watteau", una de las grandes fiestas de este año, que quedará como esplendente página de la historia suntuaria habanera.

En el frontis, la figura, toda hermosura y elegancia, de la señora Mina Pérez Chaumont de Truffin; en las páginas sucesivas: Matilde de Truffin rige con el cayado florido el jardín de los sueños; su hermana Regina, sentada en banco pétreo, como en el parque versallés, bella y ensoñadora, mira las hojas caídas; María Luisa Gómez-Mena de Cajigas, bajo el ala de paja, enarca la rosa de los labios libertando la sonrisa; Mireille García-Moré de Franca, recoge con singular donaire la amplia falda como en el minueto y la primavera turba y florece en una adorable figulina: Henriette Le Mat. La página siguiente aloja la caricatura del señor Regino du Repair de Truffin, el frac impecable, la flor en la botonera, lisa la testa, nevado el bigote, haciendo bailar entre sus manos una muñeca Watteau.

Y al volver la página, el lápiz fino de Massaguer nos sorprende con una amable escena, "como comienzan los chismecitos": una pareja en un banco, en dulce coloquio. Detrás de un vallado de mirtos, cuatro pupilas espían; dos, protegidas por los quevedos en redonda faz placentera.

Román en "La Discusión"

La ciudad habanera cuenta ya con una publicación consagrada a recoger en sus páginas los grandes eventos sociales.

Ante mi vista tengo el primer número de "Social".

Cuanto se diga en obsequio de la soberbia revista que dirige nuestro querido amigo el elegante caricaturista Massaguer, es pálido reflejo de lo que en sí es ella.

Puede afirmarse que por su factura no tiene que envidiar a ninguna otra del orbe.

Impresión magnífica de los fotograbados.

En efecto, la revista "Social" llena un vacío grande.

Era una necesidad.

Digno de que se acepte este esfuerzo, se le proteja y se premie la labor al entusiasta Massaguer cuyas iniciativas siempre son beneficiosas y fieles revelaciones de nuestro grado de cultura.

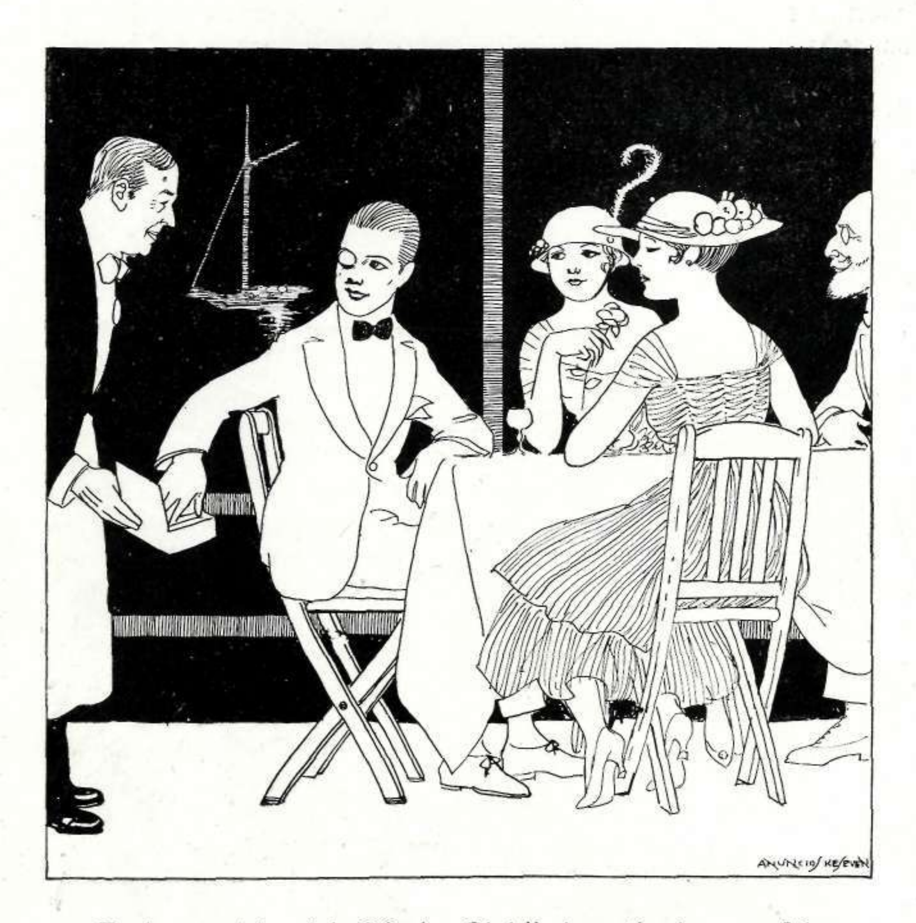
"Social" no puede faltar en ninguna casa.

A más de lo entretenido que resulta, es un album valioso, utilísimo, necesario para todos los hogares, un libro que en toda época sirve de consulta.

Es, en una palabra, la historia completa de nuestra vida social.

Del "Evening News"

The current number of "Social", published by the Massaguers, is but a repetition of the artistic work displayed by the first number. It is without doubt the best thing of the kind ever published in Havana, and its success in assured. The characteristic drawings of Conrado Massaguer is to be observed on every page, the letter-press work is of a high order and the advertising patronage is good.



En las comidas del "Yacht Club", los sábados, no falta nunca, a la hcra de los postres, L A R R A Ñ A G A.

F U M E
LARRAÑAGA
NACIONALES.

F A B R I C A:
C A R L O S III N o. 2 2 5
HABANA.

Continuación de la página 21.

Sí: era allí... el apartado y solitario rincón del huerto donde no llegaban las voces duras y severas de los abuelos... ¡Cómo había llorado allí, en su niñez desamparada!... ¡Qué de cosas soñaran su ansiosa pubertad y su juventud sedienta! Aquel rinconcito tenía entonces para Juan algo de paraíso: allí cantaban jilgueros y ruiseñores, y le adormecía el rechinar de las cigarras y el murmullo de una fuente.

Echado en la hierba, perdida la mirada en el follaje ¡qué de cosas en sueños, había vivido Juan! Junto al ingrato hogar de sus mayores, vió muchas veces en consoladora visión, otras tierras donde él tuviera un hogar suyo, muy suyo, hermoso, risueño, amante... Y soñaba en un mar y un cielo muy azules, en un sol más luminoso, en unas aves de maravillosas plumas, en unos bosques de palmeras y bananos... con unas sabanas de floridos y aromosos cafetales. Y al lado de los libros de teología echados entre la hierba, su pubertad austera soñó en la caricia blanda de unos brazos amantes y de unos labios de mujer, que a la vez que le recordaran los dulcísimos de la madre muerta, apagaran la sed de ternura y de amor que abrasaba su alma...

Lejos, muy lejos de Santa María la Negra, le parecía que algo muy fuerte le llamaba, le atraía... más allá del Océano... Algo... no sabía qué, entonces tampoco. Ahora sí: el ansia de vivir, de ser libre y dichoso.

Y allí, delante del caserón que señoreaba el nativo valle, el indiano, cerró de pronto los ojos, para que se iluminara mejor su alma con la visión de aquel su hogar lejano, conquistado al fin, después de tantas luchas. Era bello, risueño y amante como un día lo soñara, y en él reinaba la dicha junto a la esposa de amorosos brazos, de labios de fuego y lánguidos ojos, que brillaban como estrellas en las horas de amor. Volvió a ver a sus pequeñuelos, correr tras de la perra *Rebeca*, entre los blancos y perfumados arbustos de café y a la sombra de los jazmines del Cabo. Y un momento, parecióle oir las vocecitas alegres, y ver las morenas pantorrillas, encaramarse por las columnas de las amplias galerías de su casa de San José de Costa Rica, todas floridas de lianas azules.

Y sonrió de amor, al recuerdo de los suyos, que le esperaban en el país del sol: los niños un poco inconscientes, mohina la esposa, contrariada por el viaje aquel, "hijo de un capricho sentimental"..., decía ella, y que "sin necesidad" habíala separado de su Juan durante cuatro meses...

Bajó Juan la cuesta y entró en el pueblo que parecía desierto en aquella hora del medio día. Los hombres estaban en el campo. Algún piar de pollo, una voz infantil, un gorjeo de pájaro, acompañaban el reposo de las estrechas y obscuras calles medioevales, que sólo turbaban sus pasos. Por la cuesta de la Iglesia iba subiendo el caballero, mirando como antiguas conocidas las miserables casuchas de piedras centenarias, en cuyos negros portalones reía, de vez en cuando,—como una gota de luz,—la cabecita de oro y las carnes rosadas de un chiquillo rollizo, que le miraba, abriendo mucho los ojos y la boca.

Algunas aldeanas asomaron curiosas al paso de aquel forastero de porte señoril, vestido de blanco de pies a cabeza con el rostro oculto bajo el ala del sombrero.

En la plaza de la Iglesia, completamente desierta, paróse Juan delante de la puerta del pequeño cementerio: unas tablas hechas pedazos, a través de las que se veían las hileras de nichos, y algunas cruces entre la hierba. Quiso entrar, pero estaba la puerta cerrada con candado. Allí en el fondo, levantábase la tumba de los señores del Encinar. Juan, poseído de una intensa emoción y de un profundo respeto, descubrióse y oró, por aquellos, que tanto le habían hecho sufrir, y que allí dormían el eterno sueño. Pensó en el mísero nicho de alquiler (concesión temporal que nadie en tiempo oportuno había cuidado de renovar) en el que fué enterrada su pobre madre en la ciudad, y cuyos restos no le había sido posible hallar la víspera en sus investigaciones... Pero dominando la ola del rencor y de la amargura, Juan, elevando su alma al creador, volvió a orar.

Un ruido de persianas, ,resonando en la desierta plaza, le volvió a la realidad. En el vecino caserón, donde la obra moderna había respetado el escudo encima de la puerta, asomaban por entreabiertas celosías unas curiosas y encantadoras cabecitas de muchachas, con manojos de claveles en el pelo.

Entonces, Juan, atravesó la plaza, y llamó a la puerta del caserón de sus mayores.

Pasadas las primeras impresiones, cuando vió venir a él, vacilante, temblona y lagrimosa la viejecita abuela, Juan se sintió desfallecer de emoción.

Una de las biznietas la llevaba del brazo, y el contraste formado por la vieja aldeana y la elegante señorita, era como la síntesis elocuente, de la historia de aquella familia durante aquellos veinte años.

A la puerta de la sala, detúvose la anciana un momento. Venía ya preparada, a la extraordinaria sorpresa, por sus hijos y sus nietos, y ella había querido bajar a recibir al hijo de su hijo. Le reconoció muy pronto por su ancha frente, por su pelo rizoso, por su boca voluntariosa y por el color garzo de sus ojos, como los de su madre. Pero le vió delante de ella—encorvada por los años—tan alto y tan fuerte, le sintió tan triunfante, a aquel hombre que cuando niño, ella no había sabido amar, que inclinó la Abuela la frente hacia el suelo, como si de pronto hubiese sentido el peso de un mortal remordimiento.

Pero allí estaba el nieto, para sostenerla en sus robustos brazos. Y al sentirse sobre aquel corazón—por ella tantas veces herido—al contacto de aquellos labios que se posaban sobre su vieja frente arrugada, al oir aquella voz conmovida, que con infinita dulzura le decía: "¡Abuela!... ¡oh! ¡Abuela mía!", sintió que bajaba en su vieja alma rendida, la paz de un gran perdón, después del cual ya podía morir.

* * *

—"Era lo único que faltaba a mi dicha, alma y vida de mi vida: haberles perdonado a todos, terminaba Juan, arrodillado delante de la esposa y besándole las manos con arrobamiento. ¿Me perdonas ahora el que me haya separado de vosotros estos meses?"

La luz se dormía detrás de la blanca e inmensa sabana de los cafetos floridos, cuya aroma de azahares


El automóvil mas
elegante y el más
económico
en el consumo
de
gasolina.
COLE 8
The Standardized Car
Cuban Auto Importing Co.
Lonja del Comercio.

llenaba el ambiente. En el jardín sonaban alegres las voces de los pequeñuelos, entretenidos con los maravillosos juguetes que les trajera el padre, llegado de Europa aquella mañana.

Sonrió la esposa, y apoyando las manecitas en los hombros de Juan, acercó al suyo, muy dulce, el rostro de líneas severas, y hundió la mirada de terciopelo en las garzas pupilas. Entonces el esposo pudo ver en ellas una luz de infinita ternura y de completa entrega, que no recordaba haber visto todavía, ni en las horas de sus más ardientes desvaríos de amor.

BOUQUETS

Mario de Brié en "El Dia"

El tercer número de esta Revista, que dirige el admirado caricaturista señor Conrado Massaguer y que corresponde al presente mes de Abril, llega a mi mesa de redacción.

¡Qué bello número éste!

Como "Social" no hay otra Revista en Cuba ni en toda la América latina.

Toda ella respira "chic".

Bien es verdad que el amigo Massaguer, su Director, es todo un artista.










De atractivas líneas como una
mujer jóven y bella, es el
HUPMOBILE
el carro preferido.
LOS AGENTES:
HAVANA AUTO Co.
EMPEDRADO Y MERCADERES
HABANA.
ANUNCIOS
KESEVEN



En uno de nuestros números anteriores publicamos un artículo en el que su autor, llamaba la atención sobre el poco amor que se tiene en Cuba por las flores.

Excepciones honrosas de ello la dan nuestros grandes jardines. entre los que figura en primera línea "El Fénix", del Sr. Carvallo, uno de los más antiguos y competentes cultivadores, con fines industriales, de las flores, en la Habana.



En esta sección, que inauguramos hoy, daremos todos los números alguna novedad en flores y jardines.

Hoy comenzamos ofreciendo a la admiración de nuestras lectoras el ramo de novia modelo *Paquita* que llevó al altar, la noche de sus bodas, la hoy Sra. Paquita Morales Pasalodos de Rodríguez-Cáceres.

MODAS FEMENINAS



1. Traje mariposa, para de noche, de punto turquesa, cuerpo y pannier de tafetán azul, de la casa J. M. Giddings & Company.—2. Elegante modelo de calle, de Bonwit Teller Co.—3. Traje de soirée, de la casa de Russek & Co. Zapatos de Cammeyer.—4. Traje de soirée Doucet con tul zafiro, de J. M. Giddings & Co. Zapatos de Cammeyer.—5. Traje de baile, de la casa J. M. Giddings and Co. Zapatos de Cammeyer.—6. Traje de noche, con flores pintadas, de gro blanco de Londres, de la casa Russek & Co. Zapatos de Cammeyer.

Fot. International Film Service.

MODAS MASCULINAS

EL ARTE DE SABER VESTIR



Mucho se ha escrito en todos los tiempos del arte de vestirse, de la moda que, a pesar de ser un tirano absoluto y odioso, es obedecido ciegamente por todo el mundo.

Nadie sabe donde nació este déspota social, nadie puede decir el tiempo que durará uno de sus frecuentes caprichos, que desaparecen con la misma inconstancia con que entran en escena, que subyugan un tiempo más o menos largo, y que han hecho hacer a la sociedad cosas tan extraordinarias que, analizadas seriamente muchas veces nos parecerían ridículas.

Sin embargo, la moda, tirana y todo, cuenta con millones de súbditos sumisos, que esperan ansiosos sus nuevos caprichos y sus leyes despóticas. Los escritores de todo tiempo, los observadores de toda época y los cronologistas, están de acuerdo en que la moda es algo artístico, algo bello, algo sublime dentro de su apariencia superficial y vana.

El arte de vestirse da personalidad al hombre, y traza líneas inequívocas que nos muestran un alma o un carácter.

La elegancia no depende de la moda, ni del sastre, ni del corte, ni del color; la elegancia es algo innato, particular y completamente individual. Los que se creen elegantes porque obedecen ciegamente a los caprichos de la moda, están equivocados. La historia nos demuestra, desde Petronio hasta Brummell, que la elegancia es hija del gusto, de la gracia, del refinamiento y del arte personal. Y justamente porque no han seguido la corriente impuesta por la moda, los célebres elegantes de todas las épocas han llegado en tal carácter hasta nosotros.



Así, pues, los rebeldes a tal tiranía, los revolucionarios de tal régimen, son los únicos que pueden ostentar con orgullo el título de elegantes.

No se crea, sin embargo, que la elegancia masculina consiste sólo en rebelarse contra la moda imperante, pues el que tal cre-



yere, expuesto está a caer en el lado opuesto, es decir: en el ridículo.

El romano elegante sabía lanzar y recoger su toga con cierta elasticidad y gracia particular en las asambleas públicas, con gesto arrogante y amplio ademán. Así, pues, la toga no era lo esencial en la elegancia del tribuno romano, era él mismo que, con su *sprit* especial, rodeaba su persona que armonizaba con la cadencia de los pliegues de su toga. Su busto y sus gestos eran en tal caso la verdadera elegancia.

El antiguo vestido español, con su maravilloso sombrero Rembrandt, fué llevado por finos caballeros que, al sencillo acto de saludar, daban una primordial importancia, tanto, que cada gesto, cada ademán era objeto de un delicado estudio, única manera de llegar a la sabia distinción y elegancia a que llegaron. El hombre, pues, también en este caso, fué el que produjo esa maravillosa y austera gracia española, en la que muchos grandes artistas se inspiraron.

Brummell, el célebre *dandy* londinense, fué el jefe y el promotor de un movimiento elegante y original, que tuvo muchos imitadores; sus finezas y su buen gusto, representaban asimismo un encomiable esfuerzo personal, del que deberían tomar buena nota nuestros elegantes de hoy, que sólo saben seguir la corriente que el capricho de un sastre cualquiera lanza como última ley de la tirana moda.

En la actualidad no hay, no existen los verdaderos elegantes, pues no merecen tal nombre los que obedecen ciegamente a la uniformidad pregonada por un siglo indeciso, que no tiene iniciativas propias, y que si marcha en todo sentido, es porque las minorías revolucionarias accionan sin tenerle en cuenta. Los elegantes de nuestra época llegan al *gomoso* o al *rastacuero* con más facilidad que se aproximan al *dandy;* y esto se debe a la desorientación del gusto artístico moderno, a la falta de personalidad que ha producido el rasero democrático, y a la despreocupación indivi-



dual que hoy se nota respecto a todos los asuntos de estética suntuaria. Es el triunfo del lujo sobre el buen gusto y de lo bonito sobre lo elegante.

Se encuentra muy natural que el ruiseñor tenga un plumaje distinto del del pavo real, pero no se concibe que dos hombres de distinta carrera, diferente posición social, opuestos gustos y antagónicos caracteres, lleven un traje de acuerdo con estas diferencias fundamentales. ¿Por qué? Hay analogías que no merecen explicarse; yo no responderé, pues, para no privaros del placer de encontrarlas.

De lo anteriormente expuesto se desprende, que la personalidad del hombre debe hacerse notar en todo momento o circunstancia de la vida, especialmente en el vestir, que es como una segunda fisonomía por la cual nos juzgan nuestros semejantes.

Los refranes son siempre ciertos a pesar del cambio que sufren las épocas, y a pesar de la malicia que se cobija en ellos; por eso, el tan conocido de el *hábito no hace al monje,* continúa aplicable en nuestro siglo XX, que ha inventado lo de que las *apariencias engañan,* que es sólo una verdad a medias, porque ¿cómo engañarán al experto las más cuidadas apariencias? Las formas exteriores sólo engañan a los ignorantes, a los poco prácticos, pero jamás a las personas acostumbradas al trato social que, bajo el irreprochable corte de un frac, saben distinguir la verdadera calidad del que lo lleva. Por eso resulta cómico ver a los aparentadores, que parece llevarán un traje prestado. Es el caso de decir: *aunque la mona se vista de seda, mona se queda.*


White
Custom built
para el hombre que sabe lo que es una pieza perfecta de mecánica y sabe apreciar una carroceria bien hecha. el White es la verdadera satisfaccion
Manuel J. Carreño Cº
Teniente Rey & Zulueta
Habana
10
181101